

La narrativa de

Alfredo Armas Alfonzo: Un escritor fiel a sus fantasmas.

José Antonio Castro

De Alfredo Armas Alfonzo puede decirse, entre otras cosas, que ha sido un escritor consecuente, fiel a sus fantasmas, y por ello sus cuentos se hacen, en general, a partir de un mundo que ya fue; esas pequeñas historias que provienen de los seres que vivieron en la Cuenca de Unare y ancestros. Todo eso ya existía en esas voces, en las conversaciones de los mayores, en los grupos que mantenían el recuerdo de los hechos pasados. En este escritor se da entonces el paso de una tradición oral a la escritura. Todo lo que contaba Mamachía, quien al parecer es su principal informante, pasa a formar el cuerpo de sus narraciones. Pero no es un acto frío, de simple transposición técnica de un escritor a partir de la voz que le relata la historia de los hombres y de las mujeres del Unare, sino que observamos el cultivo de una sensibilidad participativa de aquel regionalismo como base de su creación, recoge el legado de una estética que se viene formando lentamente desde el siglo pasado, que fue acusada a veces de provinciana frente a una literatura que aspiraba insertarse en las grandes corrientes europeas, pero que resiste todos los ataques y sobrevive para servir de fundamento al desarrollo de una manera de escribir que habría de expresar más certeramente la realidad propia, y que sería capaz de aprovechar aquellas innovaciones a nivel del significante que aportaban las literaturas extranjeras.

Después de *Los cielos de la muerte* (1949), donde ha señalado desde un comienzo cierta influencia de Mallea y una ambigüedad superrealista, este escri-

tor se dirige hacia lo que será el objeto de toda su escritura, el mundo familiar y provinciano que hemos mencionado, y poco a poco logra configurarlo y a la vez va perfeccionando el medio para su expresión. Se trata de un movimiento radial para la captación y de una escritura realista que se detiene mucho en las descripciones, con lo que confiere al relato un ritmo excesivamente lento, minucioso, acumulativo de palabras – que recuerda a Gabriel Miró –, y donde la historia narrada se halla arropada por esa acumulación.

Más tarde esa prosa se modifica, se hace rápida, poética, e incorpora formas que corresponden a la modernización de la escritura. Ya no es la descripción morosa sino el trazo rápido y la asimilación de técnicas que son ajustadas a los recursos de un lenguaje ya domesticado y a un contenido que permanece igualmente evocativo.

El libro clave, en este proceso del escritor, es, no cabe duda, *El osario de Dios*. Libro concebido como álbum de recuerdos, donde no importa la estructura del cuento, pues es libro total, resumen de hechos, personajes, ambientes.